En tu ciudad llueve de otra manera

Al otro lado de las versiones imaginadas espera una persona real



Laura Bellini

En tu ciudad llueve de otra manera

Al otro lado de las versiones imaginadas espera una persona real

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384904657

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 5

Capítulo 1 - El hombre al otro lado de la pantalla 11

Capítulo 2 - Fuera del plan previsto 22

Capítulo 3 - La luz que las palabras no pueden corregir 35

Capítulo 4 - Las cosas que no se escriben en los mensajes..... 45

Capítulo 5 - El derecho a disponer de mi propio tiempo..... 57

Capítulo 6 - Antes de que la ciudad se durmiera 66

Capítulo 7 - La mañana después del beso 76

Capítulo 8 - Las personas que lo conocen desde hace años 87

Capítulo 9 - Lo que no se puede reemplazar 99

Capítulo 10 - El lugar donde dejamos de fingir..... 110

Capítulo 11 - No solo la noche nos pertenece a los dos 124

Capítulo 12 - El lugar que habíamos dejado en nuestra imaginación 134

Capítulo 13 - El precio de quedarse.....146

Capítulo 14 - Todo lo que quizá no podamos salvar 156

Capítulo 15 - El hombre que habíamos inventado 167

Capítulo 16 - La distancia empieza antes de la partida 179

Capítulo 17 - La vida que no se puede dejar para después 192

Capítulo 18 - No basta con pedir perdón..... 204
Capítulo 19 - Elegir sin imaginaciones..... 215
Capítulo 20 - En tu ciudad llueve de otra manera 228

INTRO

En Londres, la lluvia rara vez comenzaba de golpe. Primero, los cristales se oscurecían, como si alguien hubiera pasado una mano mojada sobre ellos; después, la acera adquiría un brillo tenue y, solo un poco más tarde, las gotas se volvían lo bastante densas como para que los peatones abrieran sus paraguas. Aquella tarde estaba sentada junto a la ventana de una pequeña cafetería de Bermondsey, observando cómo los transeúntes tomaban la misma decisión a ritmos diferentes. Yo no tenía ninguna prisa. Aún faltaban cuarenta minutos para que cerrara la galería y, después, pensaba regresar a la habitación que tenía alquilada, terminar tres textos para la exposición y acostarme antes de medianoche. Mi plan era sencillo. Precisamente por eso quería mantenerlo a toda costa.

Había llegado a Londres por seis semanas para traducir los textos de una exposición dedicada a las cartas escritas por personas que, en algún momento, habían intentado llamar hogar a aquella ciudad. El trabajo era concreto, el plazo ajustado y la remuneración suficiente para que, al regresar a Polonia, pudiera alquilar un pequeño espacio para mi propio estudio. Llevaba mucho tiempo traduciendo en la mesa de la cocina, entre facturas y tazas que nunca llegaban al fregadero en el momento adecuado. Por fin quería tener un lugar donde nadie dejara las bolsas de la compra encima de mis impresiones y donde pudiera cerrar la puerta cuando terminara de trabajar. No soñaba con una transformación extraordinaria. Me bastaba con algo que dependiera de mí.

En la pantalla de mi portátil tenía abierto el archivo con los textos de las cartelas. En uno de ellos, el autor de una carta escribía que, después de llegar a Inglaterra, había tardado mucho en aprender a distinguir la nostalgia del simple cansancio. Había dejado aquella frase prácticamente intacta. La versión que proponía el comisario sonaba más elegante, pero perdía la aspereza del original. No quería que la vida de otra persona se volviera más refinada solo porque debía caber en una pared de galería.

Entonces llegó un mensaje de Tytus.

«He visto el archivo nuevo. ¿Podemos hablar del texto número siete? En la composición no funciona como habíamos pensado».

Lo leí dos veces. No había nada descortés en aquellas palabras. Tytus rara vez escribía de manera descortés. Durante casi dos años de correspondencia había aprendido a reconocer su forma de colocar las comas, sus breves añadidos al final de los mensajes y esos momentos en los que recurría a una broma para no decir algo demasiado directamente. Todo había comenzado con una pregunta sobre una frase de una carta que quería utilizar en un proyecto. Le contesté porque era una buena pregunta. Después me envió otra, y yo empecé a responder no solo a sus dudas. Con el tiempo, intercambiamos fotografías de lugares que no sabíamos describir, quejas sobre los compromisos profesionales y pequeños mensajes enviados a horas en las que las personas sensatas ya habían terminado de trabajar.

No eran conversaciones en las que nos confesáramos cada día nuestros pensamientos más íntimos. A veces pasaban varios días sin que ninguno de los dos escribiera, pero luego bastaba una sola frase para retomar la

conversación exactamente donde la habíamos dejado. Tytus era capaz de describir una sala de exposiciones vacía de tal manera que casi podía escuchar el eco de mis propios pasos. Yo le enviaba fotografías de inscripciones encontradas por casualidad en las paredes y le explicaba por qué algunas palabras no podían trasladarse a otro idioma sin perder algo importante. Nuestra relación no necesitaba una presencia cotidiana. O, al menos, eso era lo que yo creía.

Sabía que tenía cuarenta y tres años, que diseñaba exposiciones y que podía pasarse medio día discutiendo sobre un matiz de luz si consideraba que alteraba el significado de un objeto. También sabía que cuidaba de su padre, que vivía en las afueras de Londres, aunque nunca hablaba de ello como si fuera un sacrificio. Era parco a la hora de contar cosas sobre sí mismo, pero preguntaba por mis asuntos con una atención especial. Recordaba cuándo tenía una entrevista de trabajo importante y nunca intentaba consolarme antes de saber si lo necesitaba. Cuando rechacé un encargo que consideraba mal remunerado, se limitó a escribir: «Me alegro de que no hayas confundido ser necesaria con estar siempre disponible». Recordé aquellas palabras durante mucho más tiempo del que habría querido admitir.

Nunca nos habíamos visto en persona. Había una razón bastante corriente para ello: vivíamos en países diferentes, teníamos trabajos, obligaciones y una extraordinaria habilidad para posponer los viajes hasta un momento más conveniente. Pero ahora trabajábamos en la misma exposición, en la misma ciudad, y a partir del día siguiente tendríamos que tomar decisiones sentados a la misma mesa. Antes me había enviado una fotografía suya, probablemente

tomada sin intención, de perfil, con una taza en la mano. No parecía alguien que estuviera intentando resultar atractivo. Y precisamente eso hizo que me resultara tan fácil imaginar el resto.

Cerré el archivo y abrí el mensaje con el proyecto de montaje de la exposición que Tytus me había enviado hacía una hora. Ya había visto aquella distribución en la pantalla, pero solo entonces me fijé en que había dejado menos espacio del que necesitaba para el texto número siete. Mi frase había sido reducida a la mitad. Todavía se podía comprender el sentido, pero había desaparecido la vacilación del autor de la carta, aquella pequeña incertidumbre que impedía que sonara como alguien pronunciando una verdad definitiva.

Sentí irritación y, justo después, algo bastante menos cómodo. Tytus conocía mi manera de entender la traducción. En nuestros mensajes había escrito más de una vez que precisamente aquella fidelidad al original era una de las cosas que valoraba de mí. ¿Acaso ahora, cuando íbamos a trabajar juntos, pensaba que bastaría con pedirme un poco de flexibilidad para que yo adaptara las palabras a su composición? ¿O era yo quien había supuesto con demasiada facilidad que, si durante dos años habíamos conseguido conversar sin esfuerzo, también nos resultaría sencillo tomar decisiones juntos?

El teléfono vibró de nuevo.

«No quiero resolver esto por correo electrónico. Mañana a las nueve, en la galería. Te enseñaré lo que quiero decir. Y te adelanto que no voy a aceptar el texto con su extensión actual».

Esbocé una sonrisa breve, aunque no tenía nada de divertida. Había algo en aquel mensaje que hasta entonces no había conocido: la firmeza de alguien que ya no necesitaba elegir cuidadosamente cada palabra para mantener una conversación. Durante años había podido dejar una respuesta para más tarde, volver a ella una hora después y escoger una frase que no sonara demasiado tajante. Ahora tendríamos que estar frente a frente y no habría manera de corregir el tono antes de pulsar «enviar».

Respondí: «Iré. Pero no te prometo que vaya a acortar el texto».

Me quedé mirando el cursor durante unos instantes, como si fuera a añadir algo en mi lugar. No lo hizo. Envié el mensaje y guardé el portátil en el bolso. Al otro lado de la ventana, la lluvia se había intensificado y las luces de los coches se extendían sobre el asfalto mojado formando largas estelas temblorosas. Tenía mi propio plan, un contrato con la galería y una decisión que quería tomar cuando regresara a casa. No necesitaba que alguien llegara para reorganizar mi vida desde cero.

Y, sin embargo, mientras me dirigía hacia la salida, me descubrí intentando imaginar cómo sonaría la voz de Tytus al día siguiente, fuera del altavoz del teléfono. No como en las grabaciones que a veces adjuntaba a sus mensajes, sino de verdad: con su respiración, sus pausas y el cansancio acumulado después de una jornada entera. Pensé que quizá él también tenía ya una imagen de mí, construida a partir de mis respuestas, mis fotografías y las frases que elegía antes de enviárselas.

Me detuve un instante junto a la puerta. Llovía con más fuerza que cuando había entrado en la cafetería. Podía volver a buscar el paraguas, pero no quería sentarme otra

vez a la mesa y fingir que el encuentro del día siguiente sería una reunión profesional cualquiera. Si durante dos años habíamos aprendido a ser importantes el uno para el otro, ¿seríamos capaces ahora de permitirnos conocernos sin todo aquello que habíamos imaginado y añadido por nuestra cuenta?

Capítulo 1 - El hombre al otro lado de la pantalla

A la mañana siguiente me desperté antes de lo que había previsto. No porque hubiera dormido mal. Simplemente, mi mente había decidido que las nueve era una hora para la que debía prepararme con el debido esmero, como si el encuentro con Tytus Król fuera una entrevista de trabajo y no la primera vez que iba a conocer en persona a alguien cuyos mensajes prácticamente me sabía de memoria.

Permanecí unos minutos tumbada en la cama, escuchando la lluvia golpear el alféizar de la ventana. La noche anterior me había dejado una desagradable sensación de conversación inconclusa. Volví a leer su último mensaje, aunque ya conocía casi cada palabra. No voy a aceptar el texto con su extensión actual. La frase era contundente, quizá incluso un poco arrogante, pero no conseguía atribuirle malas intenciones. Tytus nunca había sido de los que discutían por el simple placer de ganar. Al menos, esa era la imagen que tenía de él en mi cabeza.

Elegí unos pantalones oscuros, un jersey color crema y un abrigo que soportaba bien la humedad londinense. Me recogí el pelo en una coleta baja, dejando algunos mechones sueltos alrededor del rostro. No quería parecer alguien que había pasado una hora frente al espejo, aunque había dedicado a ello algo más de tiempo del necesario. Al final decidí que no iba a disculparme por mi aspecto ni a demostrar que aquel encuentro no significaba absolutamente nada para mí.

La galería ocupaba un antiguo edificio industrial rehabilitado, en una tranquila calle de Bermondsey. Desde el

exterior tenía grandes ventanales y una puerta enmarcada en metal oscuro. Dentro olía a pintura fresca, madera y café, que alguien había dejado en la zona de servicio. Llegué siete minutos antes de la hora acordada. Prefería disponer de un momento para observar el espacio sin gente, sobre todo sin personas que pudieran considerar que mi trabajo era simplemente un complemento de sus propias ideas.

Sobre una larga mesa había impresiones de las cartas, muestras de papel y varias fotografías. Algunos documentos ya los conocía del archivo; otros solo los había visto en la pantalla. La exposición contaría la historia de los mensajes personales enviados por personas que habían llegado a Londres e intentado encontrar su lugar en la ciudad. No se trataba de grandes relatos de emigración ni de testimonios oficiales. Lo importante eran las pequeñas cosas: la descripción de la primera habitación alquilada, una queja sobre la humedad del apartamento, una receta escrita de memoria, unas cuantas frases sobre alguien que se había quedado lejos.

Tytus se encargaría de diseñar la forma de presentar aquellos materiales. Yo era responsable de las traducciones, la edición y la versión definitiva de los textos. En teoría, nuestras funciones estaban perfectamente delimitadas. En la práctica, la frontera entre las palabras y el espacio resultaba mucho menos evidente.

Oí unos pasos detrás de mí.

—¿Katarzyna?

Me volví.

Durante un breve instante no dije nada. El hombre que estaba a unos pasos de mí me resultaba familiar y, al mismo tiempo, completamente desconocido. Lo reconocí por la

fotografía, pero aquella imagen no transmitía la manera en que ocupaba el espacio. Era alto, tenía el pelo oscuro con marcados mechones plateados en las sienes y un rostro en el que se apreciaban las huellas del cansancio, no el intento de ocultar la edad. Llevaba un jersey gris antracita, pantalones oscuros y un abrigo sobre el antebrazo. Parecía alguien que había salido de casa sin detenerse a pensar si su ropa combinaba con la exposición.

Su mirada se detuvo en mí con un reconocimiento evidente.

—Tytus -dije, aunque no cabía ninguna duda de quién era.

—En persona, con bastantes menos píxeles.

Sonrió. Tenía una voz tranquila, más grave de lo que recordaba de las grabaciones. En realidad, cada una de sus frases sonaba mucho más directa. Ya no había una pantalla entre nosotros que nos permitiera posponer una respuesta.

—Esperaba que fueras más alto -comenté.

Levantó las cejas.

—Qué curioso. Yo esperaba que tuvieras más paciencia con la gente que acorta tus textos.

—No ha pasado ni un minuto y ya estamos hablando de mis defectos.

—Entonces estamos aprovechando bien el tiempo.

Me reí, aunque no había planeado hacerlo. Había algo desarmante en aquella actitud. Su broma no pretendía aliviar la tensión a cualquier precio. Más bien reconocía que ambos sabíamos por qué estábamos allí.

Tytus dejó el abrigo en el respaldo de una silla y señaló la mesa.

—Ven. Te enseñaré lo que he preparado.

Me acerqué a las impresiones. En el centro había una gran lámina con el plano de la exposición. Recorrí con la mirada las paredes señaladas, los pasillos y los puntos de iluminación. El proyecto era bueno. Muy bueno, incluso. Tytus sabía aprovechar el espacio sin recargarlo de elementos. Había dejado suficiente espacio vacío y las distintas partes de la exposición componían un recorrido natural. Tuve la impresión de que los visitantes no se limitarían a leer las cartas, sino que irían entrando poco a poco en los recuerdos de otras personas.

Sin embargo, no pensaba permitir que la estética eclipsara el contenido.

—Aquí -dije, señalando el séptimo texto-. Lo has acortado.

—Una tercera parte.

—La mitad, si contamos las frases que has eliminado.

—No se trata del número de frases. Se trata de la legibilidad.

—La legibilidad no significa despojar al texto de su sentido.

Me observó atentamente. No parecía ofendido. Más bien tenía el aspecto de alguien que había esperado aquella respuesta y quería saber cómo iba a justificarla.

—Léelo en voz alta -me pidió.

Busqué el original entre las impresiones y leí el fragmento. La carta pertenecía a una mujer que describía su primer año en Londres. Hablaba de un apartamento en el que las toallas nunca terminaban de secarse, de una vecina que le llevaba té y de cómo, durante muchos meses, no había sabido si

echaba de menos su hogar o si simplemente estaba agotada de intentar encontrar su lugar en un sitio nuevo.

Cuando terminé, Tytus no respondió de inmediato.

—¿Lo ves? -pregunté-. No es un texto sobre las toallas. Se trata de esa incertidumbre que aparece entre una frase y la siguiente.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué la has eliminado?

Deslizó un dedo sobre el plano.

—Porque la gente leerá este texto de pie. En la sala habrá otras personas, la luz llegará de lado y el pasillo es más estrecho de lo que parece en el dibujo. Si dejamos todo lo que quieres conservar, algunos visitantes leerán las tres primeras frases y pasarán de largo el resto.

—Podemos aumentar el formato.

—No podemos. Las dimensiones de los paneles ya están aprobadas y cualquier modificación supondría un coste adicional y un retraso en el montaje.

—Podemos cambiar la distribución.

—Podemos, pero entonces perderíamos espacio para los originales.

—No es mi problema que hayas diseñado un espacio demasiado pequeño.

Pronuncié aquellas palabras más deprisa de lo que pretendía. Tytus me miró y después se recostó ligeramente en la silla.

—Eso sí que es problema mío. Precisamente por eso estoy intentando solucionarlo.

No respondí. No esperaba que me diera la razón en aquella parte de la discusión. Normalmente, las personas responsables de un proyecto explicaban sus limitaciones como si fueran leyes de la naturaleza. Él no intentaba fingir que todo se había planificado a la perfección.

—Tengo otra propuesta -dijo-. No vamos a elegir ahora entre tu texto y mi diseño. Haremos una prueba. Imprimiremos la versión completa a tamaño real, la colocaremos en la pared y comprobaremos cómo se ve desde la distancia a la que la gente tendrá que leerla.

—¿Y si funciona?

—Se queda la versión completa.

—¿Y si no?

—Entonces buscaremos una solución que no consista en eliminar frases mecánicamente.

Sonaba razonable. Sin embargo, eso no significaba que estuviera dispuesta a aceptar su propuesta sin algunas condiciones.

—Quiero tener derecho a aprobar la redacción definitiva de cada texto.

—Lo tienes en el contrato.

—Quiero que eso quede claro también en la práctica.

Tytus asintió.

—De acuerdo. Yo necesito lo mismo con respecto a la distribución. No quiero que, después de aprobar el proyecto, alguien cambie la colocación de los paneles sin consultarme.

—No pienso diseñarte la exposición.

—Y yo no pienso traducir tus textos.

Nos miramos. En aquella frase había algo más que una broma. Ambos teníamos nuestras competencias y no pensábamos cederlas al otro simplemente porque nos conociéramos por correspondencia.

—De acuerdo -dije-. Entonces dejemos de fingir que uno de los dos puede decidirlo todo por su cuenta.

—Puede que sea la decisión más sensata que tomemos hoy.

Durante la siguiente media hora revisamos los demás fragmentos. Tytus me enseñaba las visualizaciones y yo explicaba por qué algunas expresiones debían conservar su orden original. Me di cuenta de que no me interrumpía cuando hablaba del idioma. No estaba de acuerdo con todo, pero hacía preguntas que realmente tenían que ver con el problema. Cuando señalaba un fragmento que, según él, no encajaba en la composición, no fingía comprender su significado mejor que yo.

En un momento dado, deslizó hacia mí una hoja con anotaciones.

—¿Son tus comentarios de la versión anterior?

—Sí.

—Los he reconocido por tu manera de marcar las comas.

—No sabía que tuviera una forma característica de marcar las comas.

—La tienes. Dejas pequeñas señales en los márgenes, como si pidieras disculpas al texto por tener que corregirlo.

Miré la hoja. Efectivamente, junto a uno de los párrafos había dibujado una pequeña marca que parecía un gancho invertido.

—No son disculpas.

—Entonces, ¿qué son?

—Una advertencia.

Se rio por lo bajo.

Fue entonces cuando pensé por primera vez que su presencia podría resultar más agradable de lo que había previsto. No porque estuviera de acuerdo conmigo, sino porque era capaz de fijarse en un detalle que no tenía ninguna importancia para el proyecto. Durante dos años le había escrito sobre mis costumbres, pero nunca había imaginado que recordaría algo tan insignificante.

A las once, una mujer de administración entró en la sala, se presentó como Helen y nos informó de que la imprenta necesitaba los archivos definitivos a más tardar el viernes. Tytus preguntó si era posible retrasar la fecha dos días. Helen negó con la cabeza.

—Esta vez no. El montaje empieza la semana que viene. Si no entregamos los archivos, perderemos la fecha que tenemos reservada.

—Entendido -respondió él.

Cuando salió, miré el calendario.

—¿El viernes?

—Sí.

—Hoy es martes.

—Lo sé. No hace falta que me lo recuerdes.

—No te lo estoy recordando. Intento entender por qué no recibí esta información antes.

Tytus me miró.

—Supuse que conocías el calendario.

—Conozco la fecha límite. No sabía que no había ningún margen.

Guardó silencio durante unos instantes. Después sacó de su carpeta una copia impresa del calendario y me la entregó sin hacer comentarios.

—Tienes razón. Debería haberte enviado esta versión.

Cogí la hoja. Era un detalle pequeño, pero no quería restarle importancia. No intentó desviar la atención ni trasladar la responsabilidad a administración.

—Tendremos que trabajar deprisa -dije.

—Tendremos que trabajar con cabeza.

—No siempre es lo mismo.

—Lo sé. Por eso me alegro de que estés aquí.

Aquella frase sonó de una manera distinta a un cumplido profesional. Quizá porque la pronunció sin sonreír, mirándome directamente. Durante un momento no supe qué contestar.

En lugar de hacerlo, guardé el calendario en mi carpeta.

Antes del mediodía acordamos que prepararía dos versiones de los textos más problemáticos y que él desarrollaría una distribución alternativa para tres paneles. El viernes tomaríamos las decisiones definitivas basándonos en las impresiones de prueba. No era el compromiso que había esperado la noche anterior, pero al menos no me exigía renunciar a mi responsabilidad profesional.

Cuando estaba recogiendo los documentos, Tytus me alcanzó el abrigo que había dejado antes en la silla. Lo hizo con naturalidad, sin una cortesía exagerada.

—¿Tienes un momento? -preguntó.

—Depende. ¿Para qué?

—Para tomar un café. No el de la máquina de la zona de servicio. Me gustaría hablar de algo que no aparece en el calendario.

Lo miré durante unos instantes, intentando averiguar si se trataba de una propuesta profesional o personal. No tenía ganas de adivinar.

—¿De qué?

—De cómo me había imaginado nuestro primer encuentro. Y de cuántas cosas me había equivocado.

—Eso suena peligrosamente parecido a una conversación sobre expectativas.

—Podemos dejarla para otro día, si lo prefieres.

No insistió. Simplemente esperó.

—Hoy no -respondí-. Todavía tengo trabajo que terminar y no quiero cambiar mis planes.

—Lo entiendo.

No me preguntó si estaba segura. Tampoco intentó convencerme de que solo sería un momento. Asintió y volvió a recoger las impresiones.

También me fijé en eso.

Salí de la galería unos minutos después. La lluvia había amainado y el aire estaba frío y húmedo. Caminé varias decenas de metros antes de darme cuenta de que estaba sonriendo. No era la sonrisa de una mujer que acababa de conocer al amor de su vida. Era demasiado sensata para eso. Más bien la sonrisa de alguien que había descubierto que una persona conocida podía sorprenderla de una manera que no había previsto.

Tytus no había resultado ser ni tan perfecto ni tan difícil como me lo había imaginado la noche anterior. Era directo, a veces testarudo, atento a los detalles y lo bastante seguro de sí mismo como para no interpretar cada desacuerdo como una amenaza. También tenía cierta tendencia a tomar decisiones demasiado deprisa, antes de asegurarse de que todos conocían las condiciones.

Sabía más cosas de él que de la mayoría de las personas con las que me cruzaba a diario y, sin embargo, después de una hora de conversación, tenía la sensación de que apenas había empezado a conocerlo.

En el teléfono apareció un mensaje nuevo.

«Gracias por la conversación de hoy. Y por la advertencia sobre las comas. Tendré cuidado».

No respondí hasta pasados unos minutos.

«No te prometo que vaya a servir de mucho».

Guardé el teléfono en el bolsillo y me dirigí hacia la estación. Por primera vez desde mi llegada a Londres pensé que aquellas seis semanas podían resultar mucho más imprevisibles de lo que había supuesto.

Capítulo 2 - Fuera del plan previsto

Regresé a la galería a las nueve de la mañana siguiente, esta vez sin necesidad de convencerme de que se trataba exclusivamente de una obligación profesional. Llevaba preparadas dos versiones de los textos, anotaciones para los siguientes fragmentos y una lista de preguntas sobre los materiales del archivo. Sin embargo, tampoco pensaba fingir que el mensaje de Tytus de la noche anterior no me había hecho ilusión.

Llegó unos minutos después que yo. Traía dos vasos de café y una bolsa de papel de la panadería situada al otro lado de la calle.

—No sabía cómo lo tomabas -dijo, dejando los vasos sobre la mesa-. He traído uno solo y otro con leche. Ninguno lleva azúcar porque no recordaba si la utilizabas.

—Normalmente no.

—Entonces he acertado a medias.

—No está mal para alguien que lleva dos años recibiendo mensajes míos sobre prácticamente cualquier cosa.

—No sobre cualquier cosa. Nunca me has dicho qué café pides.

—No se me había ocurrido que fuera un dato importante.

—A mí tampoco. Hasta ayer.

Me miró con una ligera sonrisa. Elegí el vaso con leche. No pensaba analizar aquel gesto, aunque en algún rincón de mi cabeza anoté que, al menos, había recordado lo suficiente como para no traerme una bebida dulce con sirope.

Sobre la mesa ya estaban las impresiones de prueba. Tytus las había colocado en el mismo orden en que aparecerían en las paredes. Durante la siguiente hora trabajamos casi sin interrupciones. Mi versión más larga resultó legible, pero necesitaba mayor separación entre las líneas. Tytus propuso cambiar el tipo de letra. La primera opción no me gustó, así que preparó una segunda y después una tercera. Con esta última dejé de buscar argumentos en su contra.

—Esta está bien -admití.

—Lo sé.

—No tienes por qué estar tan satisfecho.

—No estoy satisfecho. Simplemente llevo esperando desde esta mañana a que lo dijeras.

—Así que sí estás satisfecho.

—Un poco.

Me tendió la impresión. Las letras eran más suaves, más abiertas. No atraían la atención por su propia forma, sino que permitían concentrarse en el texto. Comprendí por qué había elegido precisamente aquel estilo. No pretendía adornar las palabras de otras personas. Quería darles espacio.

—¿Por qué diseñas exposiciones? -pregunté antes de poder contenerme.

Levantó la mirada.

—Es una pregunta bastante personal para las nueve y cuarenta.

—Puedes no responder.

—No, no es ningún problema. Simplemente me pregunto por qué lo preguntas ahora.

Me encogí de hombros.

—Porque veo que sabes lo que haces. Y durante la mayoría de nuestras conversaciones hablabas de tus proyectos como si fueran algo que simplemente tenías que hacer.

Durante unos instantes hizo girar el lápiz entre los dedos.

—Antes pensaba que diseñar exposiciones consistía en mostrar cosas. Después comprendí que lo importante era lo que una persona podía sentir o recordar al encontrarse con ellas. Un objeto sin contexto es solo un objeto. La manera de colocarlo permite que alguien descubra en él algo propio.

—Suena como una frase que debería estar en tu portafolio.

—No soporto los portafolios.

—¿Por qué?

—Porque en ellos hay que mostrar únicamente las cosas de las que uno está orgulloso. Y no quiero fingir que todas mis decisiones han sido acertadas.

Lo dijo sin dramatismo. No intentaba despertar mi compasión. Simplemente consideraba que no había ninguna razón para presentarse ante mí como alguien que nunca cometía errores.

—Es una manera de verlo bastante poco habitual - observé.

—Puede ser. Pero me resultaría mucho más fácil trabajar si no tuviera que acordarme de todas las cosas que no he hecho.

No insistí. Por sus mensajes anteriores sabía lo de su padre y las responsabilidades que ocupaban una parte considerable de su semana. Sin embargo, desconocía los

detalles y no quería tratar aquella información como una invitación a interrogarlo.

En lugar de eso, volví a las impresiones.

—Todavía tenemos que decidir quién aprobará los textos después de la corrección.

—Tú.

—¿Y si quieres cambiar su ubicación?

—Entonces lo hablaremos.

—Quiero que cualquier modificación del texto después de su aprobación pase por mí. Aunque solo se trate de una palabra.

—De acuerdo. Yo quiero tener derecho de veto sobre los cambios en la distribución espacial que afecten a la percepción de la exposición.

—Me parece razonable.

—Entonces acabamos de firmar un acuerdo.

—No. Hemos establecido las reglas de colaboración. El contrato está en algún archivador de Helen.

Tytus se rio y anotó nuestros acuerdos en su cuaderno. Tenía una letra cuidada, ligeramente inclinada hacia la derecha. Cuando movió la hoja, vi que había dibujado en el margen un pequeño esquema de la sala, con los pasillos y los puntos de luz señalados.

—¿Lo haces de manera automática? -pregunté.

—¿El qué?

—Dibujas planos mientras hablas.

Miró el cuaderno.

—Supongo que sí.